

La perdigonada del cazador

EL Alcázar es un periódico que, no sé por qué, siempre parece que está cabreado. Cada tarde, a última hora, se encarama en los quioscos con el ceño fruncido y comienza a repartir dogmas con talante de fortín asediado, con un tic agrio propio del que tiene úlcera de estómago. El Alcázar es como un tarro de esencias patrióticas, de cortísima tirada, casi inocentemente clandestino, que se ha especializado en eso tan español de salir al paso, de poner las cosas en su sitio y de aguar la fiesta. El lector que mire la vida a través de las gajas de este periódico puede llegar a creer que el mundo está lleno de enemigos, que la política está poblada de pícaros y de torvos conspiradores con barba de tres días. Como El Alcázar piensa, según parece, que el español es un ente desequilibrado que necesita y agradece la mano dura, él mismo se encarga cada tarde de proporcionarle una ración de jarabe de palo. Sus editoriales, sus artículos de opinión son como cazos de aceite hirviendo que se escancian desde lo alto de la barbacana sobre los lomos de los enanos infil-

trados que tratan de escalar las murallas del fuerte. Lo suyo es mantener a raya y para eso establece en el ambiente vespertino de la ciudad una división de trincheras y sustituye el olor a pólvora por el perfume de linotipia, de tinta fresca y agresiva.

Y sin embargo habría que decirle al periódico El Alcázar que la vida es bella; que a pesar de tanto demócrata enmascarado la vida sigue siendo hermosa. Aunque parezca mentira el español no es un ser masoquista y prueba de ello es que El Alcázar vende muy poco. Pero bueno sería que se hiciera correr el rumor de que este es un país normal y que incluso el español, si le dejan, puede ser buen ciudadano, a ver si con eso el periódico El Alcázar se relaja, saca una sábana por la mirilla y manda un par de redactores a parlamentar en terreno de nadie. De esta forma podría uno acercarse a los quioscos sin temor a que entre las pilas de prensa canallesca estos muchachos de El Alcázar te arreen un escopetazo patriótico de tinta china (de Formosa). ■ V.



preñada del lobo por traerme la merienda, y así se aprende. Con que mi Caperuza dice que como son los vencedores y han disfrutado de la transcendencia tanto tiempo, o sea, el Imperio, lo de Europa les sabe a poco, ahora que se ha muerto Carlomagno y Pipino el Breve. Pero es lo que yo digo, que se organi-

cen su Lepanto en la Redacción y que nos narren los avatares en estrofas de la Cuaderna Vía. Y todo esto sin ofender a los vencidos y a las Marías Magdalenas de la democracia, que de todo hay. Hala, chicos, a ser buenos y que os onduen con lo permanente. Se lo podéis decir a Victoria Kent. ■ L.

